

Fidel Araneda Bravo

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, historiador de la tradición española



SCRITORES españoles e hispanoamericanos han estudiado prolijamente la personalidad y la vasta obra literaria y científica del polígrafo católico don Marcelino Menéndez y Pelayo, en el primer centenario de su nacimiento. Entre nosotros no faltarán críticos y eruditos que realicen tan loable tarea; pero en este ensayo sólo procuraré evocar la memoria de don Marcelino como historiador de los *Heterodoxos Españoles*.

Si a través de toda su labor literaria, el fecundo y precoz escritor santanderino manifiesta sin ambages la fe profunda y sincera de sus mayores, en la *Historia de los heterodoxos españoles* sólo pretende probar que el mejor atributo de la raza española es su genuino y acendrado catolicismo: "La unidad religiosa es el alma y el fundamento del pueblo español y la condición necesaria de su grandeza y prosperidad en el concierto de las naciones. A demostrar este principio ya formulado en *La ciencia española*, tiende la *Historia de los heterodoxos españoles*", decía en solemne ocasión nuestro ático orador, don Juan Agustín Barriga.

He dicho que la fe pura, sin mezcla de fraude, es la característica no del pueblo, sino de la “raza” española, porque para don Marcelino, como afirma Pedro Lain Entralgo en su vivo y diáfano retrato del pensador hispano, “la raza es la radical de la historia. Antes vimos su concepción racista de la Reforma protestante. Racista es también su interpretación histórica de la fundamental ortodoxia que ostenta la historia de la teología española”. Completando el pensamiento católico de Menéndez y Pelayo, agrega el señor Lain Entralgo, “podríamos decir que para él la raza es el *instrumento primario* de la providencia de Dios en la historia”.

Según Menéndez y Pelayo “la raza” es lo que informa y vincula a los pueblos; por ahí en no recuerdo qué libro, denominó a España “amazona de la raza latina”.

Para don Marcelino el substrato o esencia de los hispánicos es el catolicismo, la fe firme y perseverante; en el discurso preliminar de la primera edición de *Los Heterodoxos* (1877) declara enfáticamente: “Desengañémonos: nada más impopular en España que la herejía y de todas las herejías el protestantismo” (1); y al hablar del estilo de los heresiarcas expresa: “La prosa de Juan Pérez y de Cipriano de Valera es mucho más ginebrina que castellana. Y es que la lengua de Castilla no se forjó para decir herejías” (2). Nuestro idioma de rico y variado acento musical sólo puede transmitirnos fielmente la verdad; ya lo dijo el poeta hispano: “la lengua que expresa cuanto concibe el hombre — la lengua en que decimos de patria el santo nombre — y en que decimos “madre” y en que decimos “Dios” (3).

El historiador cree y con razón que los errores tienen su origen en pueblos de razas diferentes a la española, “el espíritu latino —dice— protestó con inusitada violencia contra la Reforma, que es hija legítima del individualismo teutónico; el unitario genio romano rechazó la anárquica variedad del libre examen; y España que aún tenía el brazo teñido en sangre mora y acababa de expulsar a los judíos, mostró en la conservación de la unidad, a tanto precio conquistada, tesón increíble, dureza, intolerancia, si queréis; pero noble

y salvadora intolerancia. Nosotros, que habíamos desarraigado de Europa el fatalismo mahometano, ¿podríamos abrir las puertas a la doctrina del *servo arbitrio* y de la fe sin obras? Y para que todo fuera hostil a la Reforma en el mediodía de Europa, hasta el sentimiento artístico clama contra la barbarie iconoclasta” (4).

En las últimas páginas de su “Discurso Preliminar”, sintetiza el autor en concisa fórmula el pensamiento capital de esta obra: “El genio español es eminentemente católico: la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera” (5). Su obra la resume él mismo en la portada de cada tomo; *Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis* (I lámina. II, 19) (6). “De nosotros nacieron, pero no eran de nosotros”.

Para don Marcelino los herejes eran descastados, habían nacido en le Península Ibérica, pero sólo materialmente eran españoles, su espíritu se había nutrido en otras razas.

Menéndez y Pelayo confiesa que escribe la *Historia de los Heterodoxos* en sentido católico; y “sólo en el catolicismo —dice— puede encontrar el principio de unidad que ha de resplandecer en toda obra humana. Precisamente porque el dogma católico es el eje de nuestra cultura, y católicos son nuestra filosofía, nuestro arte y todas las manifestaciones del principio civilizador, en suma, no han prevalecido las corrientes de erradas doctrinas y ninguna herejía ha crecido en nuestra tierra, aunque han pasado por ella, para que se cumpla lo que dijo el apóstol: *Oportet hereses esse*” (7), los heresiarcas nacieron en España, pero no tenían alma hispánica.

Marcelino Menéndez y Pelayo fué niño prodigio y muchacho precoz; a los veintitrés años escribió esta obra maciza, concienzuda, erudita, serena y de limpio lenguaje, a la cual no han escatimado elogios ni sus contemporáneos ni los críticos de hoy. Don Juan Agustín Barriga, nacido un año después que don Marcelino, le juzga “libro extraordinario y profundo en que no sé qué admirar más, si la audacia del pensamiento, la documentación maravillosa, la variedad de recursos dialécticos o la elocuencia ardorosa de la invectiva que en nada cede y acaso supera a las más bellas páginas de Burke

o a las famosas *Veladas* del conde de Maistre” (8). Coincide con Barriga, Hugo Montes Brunet, estudioso crítico moderno, quien refiriéndose a los heterodoxos dice que “esta *Historia* ocupa en la moderna edición nacional de las obras completas del maestro montañés, ocho gruesos volúmenes”. “Es un escritor de tono polémico en que está a la vista la profunda religiosidad del autor. Menéndez y Pelayo era un católico ferviente, y puede decirse que consagró lo mejor de su capacidad a la defensa y a la divulgación de los valores cristianos de la cultura española. Es portentosa la cantidad de conocimientos de textos sagrados, de declaraciones de concilios y de libros que en una forma u otra tuvieron una sombra de heterodoxia, reunidos en esta obra juvenil. Los tomos correspondientes a la época de la Reforma y a la época de la Ilustración son sencillamente magistrales. En ellos se nos da, no sólo una visión de la forma en que España vivía las ideas no católicas, sino también una idea clara y bien fundamentada de las herejías de toda Europa” (9).

Fruto de una raza de raigambre ortodoxa, don Marcelino, se declaró muchas veces católico “a machamartillo” y la *Historia de los heterodoxos españoles* como todos sus extensos y substanciosos estudios, no tiene otro objeto que la restauración de los valores espirituales de su patria, bárbaramente aniquilados en el siglo XVIII y gran parte del XIX. Para realizar tan loable tarea, se valió de la *Historia*, “maestra de la vida” y buscó en la idea agustiniana su eficaz punto de apoyo: “La *Historia Universal* aseméjase a la biografía de un hombre —y en sus estudios refiriéndose a Orosio, dice don Marcelino—, que es el primer historiador universal, en el más propio sentido del vocablo, no ya por la extensión geográfica, en la cual pudieran disputarle la prioridad Diodoro Sículo, Trogo Pomeyo y otros antiguos, sino por haber sido el primero que consideró al género humano como una sola familia, y, lo que es más, *como un sólo individuo*, afirmando no sólo que la divina Providencia rige al mundo lo mismo que al hombre..., sino que cada hombre, en sí y por sí, puede contemplar las vicisitudes del género humano” (10).

La misma consideración hace Menéndez y Pelayo cuando explica el texto de Orosio en las *Ideas Estéticas* (11).

San Agustín, en la *Ciudad de Dios*, proclamó la teoría de la Providencia de Dios en la Historia del mundo: “y el que no sólo al cielo y a la tierra, no sólo al ángel y al hombre, pero ni aún a las delicadas telas de las entrañas de un pequeñito y humilde animal, ni a la plumita de un pájaro, ni a la florecita de una hierba, ni a la hoja del árbol dejó sin su conveniencia, y con una quieta posesión de sus partes; de ningún modo debe creerse que quiera estén fuera de las leyes de su providencia los reinos de los hombres, sus señoríos y servidumbres” (12), y más adelante el obispo de Hipona expuso la idea, que Orosio tomó sin duda del santo doctor, acerca del género humano universal “cuya vida desde Adán hasta el fin de los siglos es como la de un solo hombre” (13) y en la *Ciudad de Dios* manifiesta también idéntica doctrina: “Del mismo modo que van fomentándose y aprovechando las buenas inspiraciones de un hombre virtuoso, así las del linaje humano, en lo referente al pueblo de Dios, fueron creciendo por determinados períodos, como quien crece progresivamente según el estado de su edad” (14).

Para que España volviera por los fueros de la cultura ortodoxa y tradicional, Menéndez y Pelayo fijó la vista en la Historia, en la milenaria y heroica historia de Castilla, a fin de poner en ella como “maestra de la vida”, el fundamento granítico de esa restauración que tanto anhelaba.

Desde sus primeros estudios sobre *La ciencia española* y *Los heterodoxos* hasta *Las ideas estéticas*, don Marcelino “vivirá entre los muertos” para alentar a los vivos. Ramiro de Maeztu, según propia y sincera confesión, era de los que no comprendía cómo el sin par polígrafo podía “vivir entre los muertos” y en su libro *La Defensa de la Hispanidad*, verdadero evangelio del hispanismo, canta la palinodia y declara que “son pocos los españoles e hispanoamericanos que nos damos cuenta de que vivimos espiritualmente de la Historia. Cuando era yo joven, en el atropello del 98, que fué nuestro *Sturm und-Drang*, llamé a Menéndez y Pelayo “triste coleccionador

de naderías muertas” porque, en mi ignorancia, no me daba cuenta de la supervivencia de lo histórico. Pocos años después me horroricé, todavía me estremezco al recordarlo, cuando en un discurso de la Biblioteca Nacional exclamó don Marcelino con voz tonante y retadora: “Entre los muertos vivo”; me pareció oír decirle que vivía entre cadáveres, y aunque recuerdo, y todavía me parece estar oyendo sus palabras precisas: “Entre los muertos vivo”, yo sentí como si proclamase que se estaba muriendo entre los fallecidos. La idea de que se pudiera vivir entre los muertos y la de que sólo entre ellos pueda vivirse con plenitud la vida del espíritu, me era entonces completamente extraña y hasta repugnante y supongo que lo seguirá siendo a inmenso número de compatriotas educados” (15).

“Para evocar el espíritu de la hispanidad —prosigue Maeztu— tenemos el camino de Menéndez y Pelayo: el de la Historia. Sólo que no ha de pensarse que la Historia es sólo útil a los que la enseñan o a los historiadores. La historia es útil sobre todo a los hombres de acción. Hasta pudiera definirse como el método universal de toda acción... Al morir Menéndez y Pelayo, el 19 de mayo de 1912 (16), puede decirse que la innegable derrota de su propósito fundamental coincidía con el comienzo de su victoria definitiva. Estaba derrotado porque había dedicado la vida a arrancar a España de las garras de la revolución y ésta se propagaba en torno suyo, por todos los departamentos del Estado, para minar y corroer lo que aún quedase del espíritu tradicional. Don Marcelino había vivido entre sus muertos, sin poderse dedicar al cuidado de formar generaciones de discípulos que continuasen su labor. De cuando en cuando se escuchaba la protesta del polígrafo, que volvía a sumirse en sus infolios después de formularla. Sus compatriotas estaban divididos, desde hacía más de un siglo, en dos grupos: los que seguían la tradición patria en la línea del tiempo, pero vueltos de espaldas a lo que en el mundo acontecía y como temerosos de que les fuera en el porvenir tan enemigo, como en el pasado; y los que vivían con las miradas fijas en el mundo exterior, dispuestos en cualquier momento a aceptar sus ideas y a dar a la novedad el valor de la verdad, pero

ignorantes y despreciadores de su propio pasado con lo que se dice que en el fondo se despreciaban a sí mismos, porque no somos sino lo que el tiempo nos ha hecho. Y aunque se llamaban y se creían innovadores, su labor era puramente destructiva, porque sólo se renueva lo que de la tradición recibimos: *nihil innovatur, nisi quod traditum est*. Al morir el polígrafo, ese mundo, que tantos españoles venían venerando con culto idolátrico, estaba a punto de arrojarse por el despeñadero en que se ha hundido. Los españoles no hemos sabido evitar que la catástrofe universal nos alcance. Desde hace tres años puede decirse que estamos en la guerra (1931)".

"La vida de Menéndez y Pelayo entre los muertos y la de sus continuadores, nos han valido el conocimiento de una España inmortal, creadora y maestra de una hispanidad, que puede, si quiere, enraizarse en su pasado y defender su futuro contra todas las sacudidas de los demás pueblos" (17).

Menéndez y Pelayo comprendió muy temprano el valor educativo de la historia: mozo de veinte años irrumpe en una polémica sobre *La Ciencia Española* y como dice muy bien Pedro Lain Entralgo "desde entonces Menéndez y Pelayo estará permanentemente ante los ojos de los españoles" (18). El inmortal polígrafo pertenecía a una generación de sabios y maestros que darán lustre a la Madre Patria: Cajal, Maura, Ribera e Hinojosa son hombres prácticos y estudiosos y no divagaron, fueron al grano, querían reestructurar a España conforme al espíritu del Renacimiento que desterró la barbarie. Don Marcelino es un entusiasta admirador del movimiento renacentista y su deseo era encauzarlo por el camino del Evangelio, lo que más le entusiasmaba de aquella época áurea era ese "vivaz, poderoso y creador ejercicio de la humana libertad, sin mengua de su leal servicio a la verdad católica, antes con notorio beneficio suyo. El Renacimiento habría rectificado el modo de cultivar el legado antiguo y el modo de usar en ese cultivo la libre autonomía de la inteligencia humana".

"En cualquier caso la significación histórica del Siglo de Oro español es a sus ojos bien clara: nuestro Siglo de Oro cristianizó el

Renacimiento europeo, siendo el mismo moderno y renaciente, y defendió de la Reforma a Europa y al mundo entero. Luis Vives, por ejemplo, el filósofo español, cristianizó la filosofía renaciente” (19), como Santo Tomás de Aquino, según expresión de don Marcelino, catequizó “el pseudoperipatetismo que corría en su tiempo” (20).

Aunque en nuestra época el mundo ha ganado mucho en lo que se refiere al cultivo de la historiografía, nos hace falta volver los ojos al pasado, tenemos que vivir un poco más entre los muertos. Aquí en Chile, por ejemplo, ¡Qué bien nos haría familiarizarnos más con don Andrés Bello para aprender un poco el amor y la dedicación a los estudios serios! ¡Cuán edificante sería buscar en la auteridad y rigidez de Portales, de Montt, de Sotomayor, de Balmaceda y de Riesco, el tónico reconfortante y alentador en esta hora de caótico y general relajamiento! ¡Qué educativo sería contemplar la época del gran arzobispo Valdivieso, sacerdote de ejemplar reciedumbre, a quien reverenciamos no obstante sus defectos, más propios del tiempo que del prelado! otro tanto podría decirse de Larraín Gandarillas y de Crescente Errázuriz, eran hombres de una pieza, testarudos si se quiere, pero de personalidad avasalladora y con extraordinario don de mando. Es muy grato y reconfortante vivir entre los muertos.

* * *

Don Marcelino, para realizar su labor restauradora, quiso ante todo mostrar la prístina pureza del catolicismo hispánico y escribió su maciza obra *Los heterodoxos españoles* con profundo sentido católico: “Tengo por honra grandísima —decía en su anterior trabajo polémico *La ciencia española*— el que el señor de la Revilla me llame *neocatólico inquisitorial*... y otras lindezas. Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy *católico apostólico romano*, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impie-

dad ni a la heterodoxia, en cualquier forma que se presenten ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso" (21).

Roque Esteban Scarpa, con su grande autoridad de hispanista y crítico literario, ha dividido la obra de Menéndez y Pelayo en dramática y crítica, e incluye en el número de las primeras *La ciencia española* y *Los heterodoxos españoles*. Obra dramática, expresa, no significa aquí escenificación teatral de una idea, sino realización pasional de ella. Obra dramática de Menéndez y Pelayo es "*La ciencia española* y *Los heterodoxos españoles*, donde el alegato, la defensa de un período, más que negado desconocido, toma carácter de programa juvenil, de declaración de fe, de voluntad de identificarse con la raíz de lo hispánico. Había necesidad de animar lo que estaba ahogado en una niebla de leyenda obscura, levantar la lápida de lo retórico que lo inmovilizaba. Menéndez y Pelayo, a través de su polémica apasionada, despierta la valoración de un mundo tanto o más rico de lo que podían presentar a la consideración de ojos españoles las demás naciones. Su tono quizás resulte destemplado por lo agraz e injusto en ocasiones. Más tarde confesaba que si de nuevo escribiese *Los heterodoxos*, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podrá esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado con el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra" (22).

Para estudiar brevemente esta obra monumental del sabio montañés, he preferido la edición definitiva de 1910, encabezada con unas advertencias preliminares que dan la clave acerca de las enmiendas, innovaciones, reparos y rectificaciones que hizo el autor a la primera edición, sin alterar por cierto las líneas fundamentales de su magnífico trabajo científico y literario.

"Aprovechando, pues —dice don Marcelino—, todos los materiales que he recogido, doy a luz nuevamente la *Historia de los heterodoxos* en forma que para mí habría de ser definitiva, aunque no dejase de consignar en notas o suplementos finales las noticias que durante el curso de la impresión vaya adquiriendo o las nuevas co-

rrecciones que se me ocurran. No faltará quien diga que con todo ello estropeo mi obra. ¡Cómo si se tratase de alguna novela o pasatiempo! La Historia no se escribe para gente frívola y casquivana, y el primer deber de todo historiador honrado es ahondar en la investigación cuanto pueda, no desdeñar ningún documento y corregirse a sí mismo cuantas veces sea menester. La exactitud es una forma de la probidad literaria y debe extenderse a los más mínimos pormenores, pues, ¿cómo ha de tener autoridad en lo grande, el que se muestra olvidadizo y negligente en lo pequeño? Nadie es responsable de las equivocaciones involuntarias, pero no merece nombre de escritor formal quien deja subsistir a sabianda un yerro, por leve que parezca” (23).

El planteamiento de Menéndez y Pelayo es bien claro y preciso: un historiador, para merecer tan honroso título, debe agotar la investigación y en seguida narrar los hechos con rigurosa exactitud y el más católico respeto a ese orden establecido y sabiamente conservado por la divina Providencia. A esta regla se ajustó estrictamente el autor de *Los heterodoxos*.

Confiesa don Marcelino que desde la primera edición hasta la de 1910, hubo “una renovación casi total en muchas ramas de la Historia Eclesiástica y progreso acelerado en todas” (24). Los primeros siglos de la Iglesia, la Edad Media, el Renacimiento y la época Moderna han sido estudiados por los historiadores a la luz de nuevos documentos.

La historia eclesiástica y sus ciencias auxiliares no necesitan de apologías. Cuando los hombres actúan al margen de la ley de Dios, “sería temerario e inmoral empeño defenderlas” —dice el autor y luego agrega con razón—: “la materia de la historia está fuera del historiador a quien con ningún pretexto es lícito deformarla” (25). “La apología o más bien el reconocimiento de la misión alta y divina de la Iglesia en los destinos del género humano, brota de las entrañas de la historia misma; que cuanto más a fondo se conozca, más claro nos dejará columbrar el fin providencial” (26). En verdad, la mejor

defensa de nuestra Iglesia es su bimilenaria supervivencia, no obstante los defectos de los hombres que la rigen.

Todas las naciones europeas: Alemania, Italia y Francia, contribuyeron con valiosos trabajos a la restauración de los estudios históricos; Menéndez y Pelayo tuvo el honor de incorporar a España en esa corriente y la enlazó con la sólida y hermosa tradición hispánica, aquella “del tiempo viejo que no debemos apartar nunca de los ojos si queremos tener una cultura propia” (27).

Don Marcelino piensa como Hergenroether que “sin la Historia Eclesiástica no hay conocimiento completo de la ciencia cristiana ni de la historia general, que tiene en el cristianismo su centro. Si el historiador debe ser teólogo, el teólogo debe ser también historiador para dar cuenta del pasado de su Iglesia a quien le interrogue sobre él o pretenda falsearlo. La historia eclesiástica es una grande apología de la Iglesia y de sus dogmas, una prueba espléndida de su institución divina, de la belleza, siempre antigua y siempre nueva de la esposa de Cristo. Este estudio, cuando se profesa con gravedad y amor, trasciende benéficamente a la ciencia y a la vida y la ilumina con sus resplandores” (28).

Se refiere el autor al florecimiento teológico de la Madre Patria en el Siglo de Oro y luego menciona el retroceso de la primera mitad del XIX y, finalmente, recuerda el rebrote de vitalidad de fines de la misma centuria.

Menéndez y Pelayo ve en el siglo XVIII el nervio de la cultura española, es una época de eruditos; si se quiere pobre, pobrísima en valores literarios auténticos, pero rica en bibliógrafos y sabios. “Gracias —dice— a esta modesta y benemérita escuela que no tenía brillantez de estilo ni miras sintéticas, pero sí cualidades que en historia valen mucho más, escrupulosa veracidad en el testimonio, sólido aparato de conocimientos previos, método práctico y seguro en las indagaciones, sensatez y cordura en los juicios, comenzaron a depurarse las fuentes narrativas y legales; fueron reimpresas con esmero algunas de nuestras crónicas, se formaron las primeras colecciones de fueros, cartas pueblas y cuadernos de Cortés, aunque por el mo-

mento permaneciesen manuscritas; avanzó el estudio de las instituciones hasta el punto de elaboración que revelan los libros de Martínez Marina” (29) y enumera en seguida todas las obras de erudición en el campo de la arqueología, numismática y geografía, sin excluir a don Tomás Antonio Sánchez, creador de la historia literaria con la publicación hecha por vez primera en Europa de un Cantar de gesta. A este siglo se debe la restauración de los estudios históricos, cuya obra más representativa es la *España sagrada* del padre Enrique Flórez, agustino, monumento de enciclopedia. “No es una historia eclesiástica de España —dice el maestro santanderino—, pero sin ella no podría escribirse. No es tampoco una mera colección de documentos, aunque en ninguna parte se haya recogido tanto caudal de ellos sobre la Edad Media española: cronicones, vidas de santos, actas conciliares, diplomas, privilegios, escrituras, epitafios y antigüedades de todo género. Es también una serie de luminosas disertaciones que tocan los puntos más capitales y oscuros de nuestra liturgia, que resuelven arduas cuestiones geográficas, que fijan la fecha de importantes acontecimientos, que discuten la autenticidad de muchas fuentes y condenan otras al descrédito y al oprobio que deben acompañar a la obra de los falsarios” (30).

Comenta después otras obras que sin duda utilizó también con gran provecho. Es evidente que todos los eruditos de aquella centuria contaron con la protección oficial de Fernando VI y de Carlos III, de los ministros Roda y Floridablanca, de Campomanes, de la Academia de la Historia y de otras personas e instituciones.

La expulsión de los jesuitas significó, naturalmente, un gran retroceso en la investigación histórica; este doloroso acaecimiento apartó de la península a no pocos eruditos de la benemérita milicia de Iñigo de Loyola; pero sin arredrarse los padres prosiguieron sus estudios en la eterna y universal Roma y legaron a su patria trabajos de tanta importancia como la *Historia eclesiástica de España* del padre Alfonso Clemente de Aróstegui, con la cual comenzó esa pequeña Academia de Historia Eclesiástica que organizaron los exilados en la ciudad del Papado.

Aquellos trabajos eran no sólo concienzudos, sino también imparciales, objetivos y ordenados, entretanto la vida intelectual del siglo XIX, declara don Marcelino, adolece de confusión y desorden; el olvido y desprecio con que España miraba la centuria del dieciocho es no sólo una ingratitud e injusticia, “sino un triste síntoma de que el hilo de la tradición se ha roto y que los españoles han perdido la conciencia de sí mismos” (31). Este espectáculo es más triste aún en el orden de la historia eclesiástica, donde fuera de *El protestantismo*, de Balmes, libro que más bien pertenece al campo de la filosofía, no hay ninguna obra de importancia que “haya logrado traspasar los aledaños hispánicos” (32).

Las guerras de la independencia y las civiles, las revoluciones y motines, el caos político y económico, el vandálico despojo de los bienes del clero, la extinción de las órdenes regulares, la destrucción de archivos y bibliotecas y el odio a la tradición, divorció a España de la verdadera cultura.

Nada esperaba el autor de *Los heterodoxos* de la enseñanza, que había caído en torpes manos mercenarias. Desapareció la única cátedra de Historia Eclesiástica que existía en la península y todas las universidades suprimieron la Facultad de Teología, sin que nadie pretendiera restaurarla, no obstante el régimen de Concordato. Después de firmado éste en 1851, comenzaron a reorganizarse los seminarios y centros de altos estudios y en el último tercio del siglo XIX se logró también la restauración de las órdenes religiosas, que han dado a la Madre Patria los mejores maestros y escritores en las diversas actividades científicas y literarias.

Fuera de la *Historia Eclesiástica de España*, de don Vicente de la Fuente, que es muy elemental, sólo aparece en aquel tiempo *L'Espagne Chretienn* del benedictino francés Dom Leclerq, publicada en 1906, que alcanza hasta la época visigoda y en la cual se advierte un increíble desprecio por la tierra de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús.

A fines del siglo pasado comenzaba a formarse una nueva generación de trabajadores entre los cuales destácanse Fita, Astraín y

Uriarte; los benedictinos de Solesmes inician una serie de publicaciones entre las que sobresale *Fuentes de la historia de Castilla*. El clero secular tampoco quedó atrás en este movimiento: tres canónigos, uno de Santiago, Antonio López Ferrero, otro de Valencia, Roque Chabás, y un tercero de Pamplona, Mariano Arigita, realizaron notables trabajos de investigación e historia eclesiástica.

En 1910 don Marcelino contó, pues, con todo este novísimo material para la publicación definitiva de *Los heterodoxos* “y corrigió la obra de los alegres días juveniles con entrañas de padre, pero sin la indulgencia que a los padres suele cegar. No se diga por mí —dice el autor— *Bis patriae cecidere manus*” (Dos veces murió la patria en tus manos).

“Nada envejece tan pronto como un libro de historia” afirma Menéndez y Pelayo. “Es una triste verdad, pero hay que confesarla, la historiografía siempre nos ofrece novedades, no tiene reglas fijas e inmutables, fuera de la sinceridad, el historiador nunca podrá decir la última y definitiva palabra, continuamente estamos encontrando nuevos documentos y otros datos fidedignos y mejores. No variará la historia en los principios, como dice el ilustre polígrafo montañés, si en el historiador están bien arraigados; no lo será en las leyes generales de la historia, ni en el criterio filosófico con que juzgue los sistemas y las ideas, ni el juicio moral que pronuncie sobre los actos humanos. Pero en la depuración de los hechos está obligado a serlo, y en la historia eclesiástica con más rigor que en otra ninguna por lo mismo que su materia es altísima y nada hay en ella pequeño e indiferente” (33).

Como historiador católico, don Marcelino, cree que el escándalo no nace de la divulgación de la verdad “por dura que sea” sino “de la ocultación y disimulación que está a dos dedos de la mentira” (34). Ya en la primera edición de *Los heterodoxos*, a pesar de sus veintitrés años, se esmeró en trabajar sobre fuentes católicas y heterodoxas para ser verídico y sincero.

A la postre reconoció los defectos de esa obra de juventud, nacidos —como él confiesa— de su “corto saber y de la ligereza juve-

nil con que se arrojó a un empeño muy superior a sus fuerzas” y agrega con énfasis: “pero no me arrepiento de haberla escrito, porque fué un libro de buena fe, pensando con sincera convicción, en que recogí buen número de noticias que entonces eran nuevas y ensanché cuanto pude, dentro de mis humildes facultades, los límites del asunto, escribiendo por primera vez un capítulo entero de nuestra historia eclesiástica, no de los más importantes, sin duda, pero que se relaciona con casi todos y es de los más arduos y difíciles de tratar” (35).

El autor tampoco estaba descontento con el plan de la primera edición y lo mantuvo con una que otra variación en la definitiva de 1910.

Aunque se le criticó duramente por haber escrito *Los heterodoxos* en forma de monografía, Menéndez y Pelayo no innovó en este sentido porque en su “plan las monografías de los heresiarcas están ordenadas de modo que no sólo se compenetren y den luz unas a otras, sino que formen un organismo histórico sometido a un pensamiento fundamental” (36), en el que no insistió porque lo expuso con bastante claridad en el prólogo de la primera edición y del cual ya hablé sucintamente al comienzo de este ensayo.

La historia de los heterodoxos españoles es obra singularísima, como dice don Marcelino, “es la historia de España vuelta al revés” (37). Es la sombra o contraluz, diría yo, en la cual él quiso hacer resaltar más el hermoso cuadro de la vida católica española.

El centro de este libro es el Siglo de Oro, el Renacimiento español que marca el mayor auge y la más espléndida superioridad europea de la Península Ibérica. El plan es casi el mismo de la primera edición, mas en el desarrollo ha innovado no poco: “apenas se hallará página que no lleve algunas variantes y son innumerables las que han sido completamente refundidas o vueltas a escribir”. Hay capítulos absolutamente nuevos y a casi todos los que quedaron de la edición anterior añade párrafos y secciones que no existían o estaban muy poco desarrollados; aumentó también “sin compasión el número de notas y de apéndices”.

Los descubrimientos en distintas bibliotecas, la publicación de nuevas obras de los Santos Padres y doctores, de la Teología y Filosofía ortodoxa y herética y el considerable aumento de las obras históricas y literarias alemanas, españolas, francesas y mozárabes, ejercieron considerable influjo en el ánimo de Menéndez y Pelayo para renovar substancialmente el desarrollo de su obra en la edición definitiva.

“Con tantas rectificaciones y adiciones más fácil le hubiera sido escribir otra historia que refundir la antigua”, “pero nadie —manifiesta el autor—, y menos quien se despidió hace tiempo de la juventud, puede hacer largos cálculos sobre la duración de la vida y la que Dios fuese servido de concederme pienso emplearla en otros proyectos literarios de ejecución menos ingrata. He adoptado, pues, un término medio cuyos inconvenientes no se me ocultan, pero que era acaso el único posible” (38).

Cuando lo estimó necesario, hizo correcciones en el texto mismo, revisó escrupulosamente todas las citas y las cotejó con los originales, y redujo muchas. “Las rectificaciones en materia grave, en que el autor corrige o atenúa por virtud de nuevos estudios algunos juicios de personas y acontecimientos serán tratados en notas especiales. Ni quiero ocultar mi parecer antiguo —dice— ni dar por infalible el moderno, sin que me arredre el pueril temor, indigno de la historia, de aparecer en contradicción conmigo mismo” (39).

Don Marcelino ha borrado en esta edición todas las expresiones insolentes, duras y crueles que empleaba en la de 1880 “porque sería de mal ejemplo y hasta de mal tono conservarlos”; sin embargo, mantiene el tono polémico e intemperante que es la característica del libro y cuando rectifica o atenúa algún juicio lo hace en nota para no quitarle a la obra ese sabor agridulce de la controversia ortodoxa, Menéndez y Pelayo prefiere dejar en *Los heterodoxos* ese primitivo calor y energía del escritor joven. El polígrafo reconoce que su obra, sobre todo el último tomo, es excesivamente violenta y juzga con mucha dureza a algunos hombres, pero como él dice “no necesita protestar que en nada de esto le movía un sentimiento hostil a tales

personas. De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces, pero si ahora escribiera sobre el mismo tema lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra. Hasta por razones de estética —confiesa don Marcelino— hubiera querido dar otro sesgo a los últimos capítulos de mi obra, pero he creído que no tenía derecho para hacerlo” (40).

Antes de pasar a la tercera y última parte de este ensayo, en la cual daré una rápida mirada de conjunto a *Los heterodoxos*, diré una palabra acerca del estilo de la obra.

Menéndez y Pelayo no sólo fué polígrafo de vasta y universal erudición, sino también escritor elegante, estilista refinado; él no aceptaba que fuesen tenidos por maestros eminentes, dignos de alternar con los sublimes metafísicos y los poetas excelsos y con los grandes historiadores y filólogos, “los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, catálogos y bibliografías, los gramáticos que estudian las formas de la conjugación en tal o cual dialecto bárbaro e iliterario, y a este tenor, otra infinidad de trabajadores útiles, laboriosos y beneméritos en la república de las letras; pero que no pasan ni pueden pasar de la categoría de trabajadores sin literatura, sin filosofía y sin estilo. La historia literaria, lo mismo que cualquier otro género de historia, tiene que ser una creación viva y orgánica. La ciencia es su punto de partida, pero el arte es su término y sólo un espíritu magnánimo puede abarcar la amplitud de tal conjunto y hacer brotar de él la centella estética” (41).

En *Los heterodoxos*, don Marcelino, puso en práctica sus principios estéticos y logró convertir una materia de suyo árida en las más bellas páginas de la literatura española. El, con su habitual modestia, dice que en la edición definitiva retocó el estilo defectuoso, cándido y de mal gusto de la primera, pero agrega que esta operación “aunque extensa no ha sido muy intensa por no querer privar al libro de uno de los pocos méritos que puede tener, es decir, la

espontaneidad y frescura que a falta de otras condiciones suele haber en los frutos primerizos del ingenio" (42).

Aunque como anota Menéndez y Pelayo, es evidente que no "se escribe de igual suerte a los veinte años que a los cincuenta", siempre he creído que en la primera edición de *Los heterodoxos* hay un lenguaje limpio, hermoso y bien definido, lo cual constituye precisamente uno de los signos más claros e inequívocos del genio literario y científico del autor. Por algo dijo Buffón, "el estilo es el hombre". Dámaso Alonso, con su doble autoridad de filólogo y maestro de estética, declara en el último y espléndido estudio sobre don Marcelino en *Arbor* que nuestro autor fué gran estilista desde muy pronto. "Porque entiendo por estilista el hombre que logra conllevar rápida y directamente las intuiciones, las ideas y los sentimientos que desea a la mente del lector. Menéndez y Pelayo, como crítico ante una obra literaria, con un instinto prodigioso, sabía apoderarse (quizá entre cientos de páginas o versos) de lo más característico, de lo más intenso, y presentarlo al lector y ofrecerle épocas, los hombres, los modos y modas literarias, los rasgos de una obra, de tal manera concentrados y potencializados que penetran en el cerebro y nunca se olvidan" (43). Si don Marcelino no hubiera tenido ya estilo propio y bien seguro, en 1880 don Juan Valera no habría patrocinado su candidatura en la Real Academia de la Lengua para suceder a José Eugenio Hartzenbusch, cuyo sillón ocupó hasta su muerte. A los 24 años se sentó entre los inmortales de España y siempre sostuvo que para elegir académicos había que escoger entre los mejores escritores de la literatura vernácula.

"El hombre es uno desde la cuna al sepulcro" dijo alguien cuyo nombre no recuerdo, y el estilo es aquello que define la personalidad literaria de un individuo, el lenguaje del escritor es siempre el mismo, no varía jamás, puede perfeccionarse con buenas lecturas y el trabajo perseverante, pero no puede cambiar substancialmente; Menéndez y Pelayo pensó que la naturalidad es lo que constituye el verdadero estilo literario y por lo mismo en la edición definitiva de *Los heterodoxos* sólo retocó la forma primitiva, lo contrario "habría

sido falsificar su propia obra” y esto le pareció siempre “fútil tarea de puristas académicos que no vale el trabajo que cuesta y arguye una desmedida satisfacción de sí propio”. El mismo autor de *Los heterodoxos* piensa que “el mejor estilo es el que menos parece, y cada día pienso escribir con más sencillez; pero en mi juventud no pude menos que pagar algún tributo a la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba. Páginas hay en este libro que me hacen sonreír y, sin embargo, las he dejado intactas porque el libro tiene su fecha y yo distaba mucho de haber llegado a la manera literaria que hoy prefiero, aunque ya me encaminase a ella. Por eso es tan desigual la prosa de *Los heterodoxos* y fluctúa entre dos opuestos escollos: la sequedad y la redundancia”.

* * *

Tiempo es ya de dar un vistazo a esta obra, fundamento de la Historia de la Iglesia y de la cultura españolas.

La segunda edición comienza con un cuadro de la vida religiosa de la península, antes de la venida del Mesías y Redentor de la humanidad; en la primera dedicaba cuatro páginas a este tema. El autor se refiere luego a la Prehistoria y en el capítulo II a la Historia. A través de las páginas del libro se ve que el polígrafo conocía todo lo que se había escrito hasta esa fecha de arqueología, historia, literatura, especialmente de los clásicos griegos y romanos; abisma su profunda erudición.

Entra en seguida a estudiar con acopio de documentación sagrada y profana la difusión del cristianismo en España, para ocuparse luego de los primeros heresiarcas. Prueba la venida de San Pablo a España, de la cual hay testimonio en la Epístola a los Romanos y en los textos de los Santos Padres; se refiere después a los primeros apóstatas ibéricos, los obispos Basíledes de Astorga y Marcial de Mérida, durante la persecución de Decio (254), el primero hizo públicos actos de paganismo y el otro blasfemó de Cristo en una grave enfermedad. Habla también de los errores respecto a la Encarnación

del Verbo y del Concilio Iliberitano, en cuyos 81 cánones los padres organizaron la Iglesia en España. Nos cuenta con lujo de pormenores la vida y actuación del discutido y sapientísimo obispo Osio de Córdoba, que primero confesó públicamente la fe durante la persecución de Diocleciano e ilustró con sus luces el Concilio de Ilíberis. El Emperador tenía en mucha estima sus consejos, sobre todo en cosas eclesiásticas y parece indudable que Osio “le convirtió al cristianismo o acabó por decidirle en favor de la verdadera religión” (44). El obispo de Córdoba es el autor del símbolo de Nicea y dictó la fórmula precisa de *homousios* por la cual el Concilio declaraba que el Hijo es consubstancial con el Padre. Osio fué hombre valiente y prelado severo, recordó en carta memorable al Emperador Constantino que era mortal y por lo mismo temiera al juicio de Dios. Finalmente se le acusó de haber firmado la profesión de fe arriana y de que deseaba deponer a San Gregorio Iliberitano. Don Marcelino defiende al obispo de Córdoba con muy buenas razones, apoyado en los Santos Padres, Atanasio, Hilario e Isidoro, el primero le dió repetidas veces el nombre de “Santo” e hizo de él magnífico elogio en el cual le calificó de confesor insigne de Jesucristo. “Cuento tal mal forjado —dice— ha sido deshecho y excluído de la historia por el mayor número de nuestros críticos, y, sobre todo, por el padre Flórez en su *Disertación Apologética*, y por Maceda en la suya *Hosius vere hosius*, ya citada” (45).

Prosigue con la historia de las herejías de los siglos IV y V, se detiene largamente en el priscilianismo, en el arrianismo, en los concilios de Toledo y en las persecuciones; el último capítulo del Libro I está dedicado a las artes mágicas, a la adivinación y en general a las supersticiones de los períodos romano y visigótico.

La versación de Menéndez y Pelayo es sorprendente: desfilan por las densas páginas de su obra citas siempre oportunas de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, de los concilios y de los doctores de la Iglesia, su saber no le va en zaga a los mejores teólogos e historiadores eclesiásticos antiguos y modernos.

Inicia el Libro II con el siglo VIII de la Reconquista y estudia a fondo el adopcionismo; fuera de todo esto en el apéndice encontramos valiosos documentos. Magnífico es el capítulo que dedica al “Estado religioso y social del pueblo mozárabe”. España sometida “a la servidumbre y al martirio” de los musulmanes tuvo que hacer frente a nuevas herejías: las antitrinitarias, el antropomorfismo y los iconoclastas.

Pasa en seguida al Libro III, en el cual estudia las diversas herejías de los siglos IX al XV: el panteísmo semítico, los albigenses, cátaros y valdenses.

En el capítulo V hace una sucinta biografía de Raimundo Lulio (1235-1315) y expone su doctrina teológica racional. Desde su conversión tres pensamientos dominaron a Lulio: “la cruzada a Tierra Santa, la predicación del Evangelio a judíos y musulmanes; un método y una ciencia nueva que pudiese demostrar racionalmente las verdades de la religión para convencer a los que viven fuera de ella. Aquí está la clave de su vida: cuanto trabajó, viajó y escribió se refiere a este objeto supremo. El error de Lulio es de método, él no intenta dar explicaciones racionales de los misterios: lo que hace es convertir en positiva la argumentación negativa”. “Todos los desvaríos racionalistas de Lulio tienen su explicación en el ardiente deseo de convencer a los averroístas que disimulaban su incredulidad diciendo: “La fe y la razón son dos campos distintos: una cosa puede ser verdadera según la fe y falsa según la razón”. Y Lulio “juzgó” —dice don Marcelino— que la mejor respuesta era probar por la *razón* todos los dogmas, y que no había otro camino de convencer a los infieles. No pretende Lulio (que aquí estaría la heterodoxia) “explicar” el misterio, que es por su naturaleza incomprensible y superracional, ni “analizar” exegética e impíamente los dogmas, sino dar algunas razones, que aun en lo humano convenzan de su certeza. La tentativa es arriesgada, está a dos pasos del error; y error gravísimo, que en manos menos piadosas que las de Lulio hubiera acabado por hacer *racional* la Teología, es decir, por destruirla” (46). Un epílogo y siete capítulos de apéndices ponen fin a este libro.

En el cuarto entra de lleno al estudio de la Reforma y el autor escribe las páginas maestras de su monumental *Historia*; en ellas vacía toda su ardiente sangre hispánica y con esa serena sinceridad del pensador católico y la pluma del verdadero artista de raíz greco-latina, muestra el valioso aporte de su patria en el Renacimiento.

Las citas serían aquí interminables, cada página de los volúmenes correspondientes a la Reforma es digna de antología, pero las columnas de la prensa o el tiempo limitado de una conferencia no permiten comprobar prácticamente nuestro aserto.

El estado de la Iglesia en aquel tiempo era caótico, todo el mundo reclamaba la reforma de las costumbres. “Con el Renacimiento y sin Renacimiento, dice Menéndez y Pelayo, hubiera sido el siglo XV una edad viciosa y necesitada de reforma, dado tales precedentes” (47).

Defiende el Renacimiento con calor y entusiasmo, no por lo que tiene de pagano sino porque en él florecieron las ciencias y las artes “en último caso —expresa—, no es el arte el que corrompe a la sociedad, sino la sociedad la que corrompe el arte, puesto que ella le hace y produce. Esto suponiendo que el arte del Renacimiento fuera malo y vitando, lo cual es contrario a toda verdad histórica, a no ser que se tomen por tipo y norma general aberraciones y descarríos particulares (lo cual es otro sofisma muy vulgar y corriente)” (48).

La principal causa del desorden y relajamiento en la Iglesia, era sin duda, como en toda época de corrupción, “el menosprecio de la autoridad pontificia desde los tiempos de Bonifacio VIII, de Nogaret y de Sciana Colonna. La traslación de la Santa Sede a Aviñón, llamada el largo cautiverio de Babilonia, el cisma de Occidente, los concilios de Constanza y de Basilea en sus últimas sesiones, todo había contribuído a quitar el prestigio y fuerza a Roma en el ánimo de las muchedumbres, haciendo nacer un semillero de herejías: Wicleffilas, Hussitas, etc., que abrieron el camino a Lutero” (49). Si a todo esto se agrega la tiranía del poder secular, alemán y francés, contra el Supremo Pontificado, la desvergonzada simonía que otorgaba beneficios eclesiásticos a los hijos de reyes y de grandes

potentados, el abandono de muchas diócesis, los templos vacíos y el estado lastimoso de relajamiento en que yacían los monasterios y órdenes religiosas, la vida de la Iglesia Universal era anémica y triste. La situación de la Iglesia en España no era menos siniestra. Isabel, la Reina Católica y descubridora y su ministro el cardenal Cisneros emprendieron la Reforma que tuvo universal repercusión en el Concilio de Trento.

“De tales abusos tomaron pretexto los protestantes para sus declamaciones, exagerándolo y abultándolo todo. Y, sin embargo, nadie deseaba tanto la Reforma como los católicos”, dice el autor. “Desde los tiempos de San Bernardo se venía clamando por ella. “¡Quién me concediera, antes de morir, ver la Iglesia como en sus primeros días!” exclamaba aquel santo en una de sus epístolas al Papa Eugenio” (50).

“El hacha de Lutero, que vino a traer, no la Reforma, sino la desolación; no la antigua disciplina, sino el cisma y la herejía; y que lejos de corregir ni reformar nada, autorizó con su ejemplo el romper los votos y el casamiento de los clérigos y sancionó en una consulta teológica (juntamente con Melanchton y Bucero) la bigamia del ladgrave de Hesse. La reforma pedida por los doctores católicos se refería sólo a la disciplina; la seudorreforma era una herejía dogmática, que venía a trastornar de alto abajo toda la concepción antropológica del cristianismo” (51).

Menéndez y Pelayo era ferviente partidario y admirador del Renacimiento y no acepta la teoría de que hace de la Reforma protestante una consecuencia de aquél, lo cual mirado con criterio histórico es “absurdo y no puede demostrarse —expresa don Marcelino— porque no fué Italia el foco principal del arte y de la ciencia restaurados, sino en Alemania, país antilatino y anticlásico”, donde comenzó la Reforma. “Erasmus y Lutero eran germanos y no latinos”. “El Renacimiento —prosigue— es un hecho complicadísimo y la Reforma una herejía clara, bien definida y neta, al modo del gnosticismo y del nestorianismo, a cualquiera se le alcanza que esa supuesta filiación de la Reforma es un nuevo sofisma *juxta hoc, ergo*

propter hoc, aunque en él hayan caído escritores católicos de cuenta, sin advertir que de ese modo condenan y maldicen toda una maravillosa civilización, protegida y amparada por la Iglesia Católica, y gloria del catolicismo; y vienen a dar indirectamente la razón a Erasmo, a Ulrico de Hütten, a Lutero y a todos los novadores del siglo XVI en sus bárbaras invectivas contra Roma, la que restauró el arte antiguo y en vez de matar la candela la puso sobre el celemín. Se me replicará que Erasmo, Ulrico de Hütten, Melanchton y Joaquín Camerario eran humanistas; y yo respondo que antes que humanistas eran, o, como en Italia se decía, “bárbaros”, lo cual se conoce hasta en la pesadez de su latín y en lo plúmbeo de sus gracias. Faltábales el verdadero sentimiento de la belleza clásica y sobrábales mala y envidiosa voluntad contra las grandezas del Mediodía” (52).

En fin, con talento, ponderación, gracejo, buen gusto y poderosa dialéctica defiende a su ídolo, el Renacimiento. “Decir que la Reforma tomó del Renacimiento el espíritu de rebeldía, es no decir nada, porque la rebeldía es mucho más antigua que el Renacimiento y la Reforma, y que los romanos y los griegos, como que viene desde el Paraíso terrenal, en que Adán fué el primer protestante, aunque fuera de este mundo tenía ya antecedentes en aquel príncipe de las tinieblas que dijo: “Pondré mi trono sobre Aquilón y seré semejante al Altísimo”. ¿Por ventura no hubo heresiarcas y espíritu de rebeldía cuando no se estudiaba a los clásicos?” (53). Y yo agregaría que todas las viejas herejías fueron preparando la de Lutero.

Examina el autor la parte doctrinal del protestantismo, basada en la idea de Lutero de que “la justicia o santidad primitiva era de la naturaleza y esencia del hombre y no un don o atributo accidental, una gracia como decían los escolásticos y en seguida cayó en el fatalismo por la absoluta negación de la libertad humana; luego niegan los sacramentos y la tradición, la Escritura es la única regla de fe”. No vale la pena seguir enumerando las infinitas variaciones del protestantismo, pero es necesario decir que esta es una de las mejores pruebas de la falsedad luterana y calvinista. “En filosofía —dice don Marcelino— los protestantes niegan la libertad humana, en Teología

sostienen el principio del libre examen, absurdo en quien admite la revelación, puesto que la verdad no puede ser más que una y una la autoridad que la interpreta” (54). Termina este magistral capítulo con el elogio de la Compañía de Jesús “que Dios suscitó —dice el autor— para defender la libertad humana, que negaban los protestantes con salvaje ferocidad; para purificar el Renacimiento de herrumbres y escorias paganas; para cultivar, so la égida de la religión, todo linaje de ciencias y disciplinas y adoctrinar en ellas a la juventud; para extender la luz evangélica hasta las más rudas y apartadas gentilidades. La reforma intelectual y la reforma moral brillaron en todo su esplendor cuando honraban la tiara, pontífices como San Pío V; el capelo, cardenales como Baronio, Toledo y Belarmino; la mitra, prelados como San Carlos Borromeo y Santo Tomás de Villanueva. ¿Cuánta gloria dieron a España la reforma franciscana de San Pedro de Alcántara, la carmelita de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, almas abrasadas en el amor divino, maestros de la vida espiritual y de la lengua castellana? ¿Qué a los milagros de caridad de San Vicente de Paul y de San Juan de Dios o a la angélica dulzura del obispo de Ginebra (San Francisco de Sales)” (55).

De inmediato entra a estudiar especialmente la Reforma en España, pedida por todos los buenos, iniciada por los Reyes Católicos y continuada durante todo el siglo XVI. Contribuyó en gran manera a esa Reforma la severísima Inquisición. “La gloria principal debe recaer en la magnánima Isabel y en Francisco Jiménez de Cisneros” (56). España comenzó a enderezar sus torcidas sendas, antes del Concilio de Trento.

Estudia a Erasmo y sus obras, luego a los erasmistas españoles, a los hermanos Valdés y en el capítulo IV se refiere a Juan, autor del famoso *Diálogo de la Lengua*, el único español de algún valer intelectual que abrazó la herejía, pero en Italia.

Todo el capítulo VI está dedicado a Miguel Servet, el unitario aragonés a quien “nadie vence en audacia y originalidad de ideas, en lo ordenado y consecuente del sistema en vigor lógico y en la trascendencia ulterior de sus errores”. Servet, espíritu franco y abierto,

“especie de caballero andante de la Teología”, “tuvo la desgracia de entrar en disputas con Calvino, corazón duro, envidioso y mezquino, entendimiento estrecho, pero claro y preciso; organizador rigorista, inflexible y sin entrañas”.

El quijote protestante aragonés fué denunciado por Calvino a la Inquisición y estuvo prisionero; luego que huyó de la cárcel se trasladó a Ginebra. Allí, mientras escuchaba en el templo al propio Calvino, éste le reconoció y “poco más tarde le hizo prender”. Sometido a proceso fué finalmente quemado vivo por orden de Calvino. “Digna victoria de la libertad cristiana, de la tolerancia y del libre examen” exclama Menéndez y Pelayo (57).

En el último capítulo estudia el protestantismo en Valladolid; en el siguiente comenta, *per longum et latum*, la accidentada vida del arzobispo de Toledo, fray Bartolomé Carranza Miranda, que había sido provincial de los dominicos, calificador del Santo Oficio y uno de los teólogos del Concilio de Trento. Le acusaron de haberse contagiado con las doctrinas heterodoxas en sus relaciones con algunos protestantes alemanes e ingleses; pero su *Cathecismo Cristiano* el que le hizo reo de herejía. Habla en este texto de la fe y de la justificación en términos casi luteranos. Se le denunció a la Inquisición, estuvo prisionero en Torrelaguna. Melchor Cano condenó la obra de Carranza, pero hubo arzobispos y obispos que la aprobaron. El *Cathecismo* fué prohibido en lengua vulgar contra la opinión de San Pío V, quien estaba convencido de la inocencia de Carranza. El prelado soportó heroicamente diecisiete años de prisión. Le condenó por último el Papa Gregorio XIII por haber bebido la prava doctrina de los herejes condenados, como Martín Lutero, Ecolampadio y Felipe Melanchton. El humilde arzobispo lloró al recibir la sentencia y murió poco después, el 2 de mayo de 1576, muy arrepentido y no sin antes haber recibido del mismo Papa que lo castigó la plena y entera absolución.

Menéndez y Pelayo, con la serenidad y rectitud del verdadero historiador al juzgar tan largo y discutido proceso, dice que “no participa del cándido optimismo de Balmes que sin haber visto el pro-

ceso y juzgando sólo por los impulsos de su alma recta y benévola creyó que las causas del infortunio de Carranza no debían buscarse en rencores ni envidias particulares sino en las circunstancias críticas de aquella época. Esto del espíritu de la época es frase doctrinaria, muy vaga y elástica con la cual se explica todo y no se explica nada"... "Carranza fué justamente perseguido y justamente sentenciado, lo cual no quita que sus jueces de España fuesen parciales y envidiosos; que Melchor Cano anduviera duro e hiperbólico en sus calificaciones, y que tanto había protegido y honrado antes, y que tanto fiaba en su palabra real. Yo sé que obró así porque estaba convencido de la culpabilidad de Carranza; pero nada disculpa de los bajos y sórdidos amaños de que en Roma se valió para dilatar hasta el último momento la remisión del proceso y la sentencia. Ni tampoco es posible disculpar a los obispos que después de haber aprobado sin restricciones el *Cathecismo* tacharon luego en él tantas proposiciones, porque una de dos: o la primera vez obraron de ligero (y a esto me inclino respecto del arzobispo de Granada) y elogiaron el libro por la fama del autor y sin haberle leído, o la segunda vez se rindieron al temor o al interés". "En suma nadie de los nuestros estuvo libre de culpa en este tristísimo negocio; cuán hermosa resplandece, por el contrario, la conducta de los Sumos Pontífices San Pío V y Gregorio XIII".

En el capítulo X, al tratar de los protestantes españoles fuera de la península, lo más importante para nosotros los hispanoamericanos es la parte que se refiere al apóstata Cipriano de Valera, a quien "se le llamó por excelencia "el hereje español". Escribía con donaire y soltura, pero aparte de esta virtud literaria y de su fecundidad intelectual no tiene nada de extraordinario, es un hereje vulgar. En nuestros tiempos hubiera sido periodista de mucho crédito; sus méritos son harto inferiores a su fama" (59). Reimprimió completa y mejorada, con su estilo, la Biblia de Casiodoro de Reina, tan conocida en nuestro continente.

El libro V lo dedica a las sectas místicas, alumbrados, quietistas, Miguel de Molinos y otros embustes y milagrerías. Dentro del ca-

pítulo I hay noticias sobre el proceso contra Juan de Avila, fray Luis de Granada, Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y algunos jesuitas, que fuerdon torpemente acusados de iluminismo. La Inquisición tomó cartas en el asunto, pero felizmente procedió con cautela, no obstante la desatinada ferocidad de Melchor Cano. Juan de Avila fué el único que estuvo prisionero, pero luego se le puso en libertad en vista de la absoluta pureza de su doctrina. Contra el quietismo heterodoxo, la iglesia presenta el misticismo español de pura cepa católica, misticismo “no enfermizo, ni egoísta e inerte, sino viril, enérgico y robusto, hasta en la pluma de las mujeres. Nadie ha descrito como Santa Teresa la unión con Dios con el centro del alma, nadie ha declarado con tan graciosas comparaciones, ya de las dos velas de cera que juntan su luz, ya del agua del cielo que viene a henchir el cauce de su arroyo”. “Pero esta unión no trae consigo el aniquilamiento, ni el nirvana”, el alma reconoce y afirma su personalidad, y fortificada con el vino de la bodega del Esposo, vuelve a la caridad activa y a las obras” (Morada VII).

En los capítulos II, III y IV habla de los judaizantes, de los moriscos y de las artes mágicas, hechicerías y supersticiones de los siglos XVI y XVII y en el epílogo hace una historia de la forma levantada y enérgica como la autoridad civil española se defendió de la herejía. El pueblo encabezado por su monarca resistió “valerosamente la bárbara invasión heterodoxa. En aquel duelo terrible entre Cristo y Belial, España bajó a la arena; y si al fin cayó desangrada y vencida por el número, no por el valor de sus émulos, menester fué que éstos vinieran en tropel a repartirse los despojos de la amazona del Mediodía, que así y todo quedó rendida y extenuada, pero no muerta, para levantarse más heroica que nunca cuando la revolución atea llamó a sus puertas y ardieron las benditas llamas de Zaragoza” (60). Reconoce la grandeza de alma y profunda religiosidad de Carlos V, quien al rechazar la ayuda de Alemania a cambio de la libertad religiosa, dijo con altivez apostólica: “Yo no quiero reinos tan caros como éstos, ni con esa condición no quiero Alemania, Francia, España e Italia, sino a Jesús Crucificado”. Hernando Acuña, poeta

favorito del Emperador, al verle tan decidido exclama en inspirados versos: “Ya se acerca, Señor, o ya es llegada — La edad dichosa en que promete el cielo — Una grey y un pastor sólo en el suelo, — Por suerte a nuestros tiempos reservada. — Ya tan alto principio en tal jornada — Nos muestra el fin de vuestro santo celo, — y anuncia al mundo para más consuelo — Un monarca, un imperio y una espada”.

Menéndez y Pelayo aparta su mirada “del miserable luteranismo español” y la fija en los grandes reformadores de las órdenes religiosas que fueron el ejército más poderoso contra la Reforma. “San Ignacio es la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro. Ningún caudillo, ningún sabio influyó tan portentosamente en el mundo. Si media Europa no es protestante débelo en gran manera a la Compañía de Jesús”. El Concilio de Trento, obra de España para salvar la unidad católica del mundo, “que fué tan español como ecuménico, si vale la frase” escribe don Marcelino. A renglón seguido enumera a los grandes teólogos hispanos y luego refiérese a los concilios provinciales, a los obispos y misioneros, entre estos últimos destaca la actuación de Pedro Claver y San Francisco Solano. Recuerda finalmente al dominico Francisco de Vitoria, precursor del *Derecho Internacional* y una de las figuras señeras del Tridentino.

En hermosas páginas y con argumentos irrefutables defiende la Inquisición como un tribunal absolutamente necesario para librarse de la herejía y cuyos errores aún hoy mismo se exageran. Prueba también que la famosa opresión contra la ciencia española por el Santo Oficio, no pasa de ser una patraña vulgar y corriente. Apenas menciona veinte nombres de intelectuales procesados, muchos de los cuales fueron absueltos. Otro tanto dígase de la prohibición de libros.

Se ocupa en el Libro VI de la ruina religiosa y cultural de la Península, como consecuencia de la entronización de la dinastía francesa en el poder. Son páginas emocionantes y, como él dice, las más duras y terribles del libro, empero servirán de lección a todas las generaciones hispanoparlantes; en ellas vemos “como se desmoronó

piedra a piedra este hermoso edificio de la España antigua y como fué olvidando su religión y su lengua, y su ciencia y su arte, y cuanto la había hecho sabia, poderosa y temida en el mundo, a la vez que conservaba todo lo malo de la España antigua; y como a fuerza de oírse llamar bárbara acabó por creerlo. ¡Y entonces sí que fué de veras el ludibrio de las gentes, como pueblo sin tradición y sin asiento, esclavo de vanidades personales y torpe remedador de lo que entendía más que a medias!”

En el Libro VI, capítulo IV, estudia tres heterodoxos españoles en la Francia revolucionaria y otros heterodoxos extravagantes o que no encontraron fácil cabida en el anterior que trata de los impugnadores españoles del enciclopedismo. Como una adición al capítulo IV, don Marcelino pregunta si ¿puede contarse entre los heterodoxos españoles al padre Lacunza?, jesuíta chileno autor de la *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, obra escrita en castellano y traducida al latín por otro jesuíta americano.

El padre Lacunza es milenarista en el sentido espiritual y en su obra sostiene “que Jesucristo ha de venir en gloria y majestad, no sólo a juzgar a los hombres sino a reinar por mil años sobre sus justos en el mundo renovado y purificado, que será un como traslado de la celestial Sión”. La iglesia, por disposición de Su Santidad Pío XII, ha prohibido propagar esta doctrina, aun la espiritual, para evitar equívocos, pero no la ha condenado; antes el sistema milenarista espiritual entraba entre las cuestiones opinables. No obstante, el libro en cuestión fué incluido en el “Índice de libros prohibidos”, razón bastante, como dice don Marcelino, “para que quedara con nota y sospecha de error. Pero no todo libro prohibido es herético y al ver que notables y ortodoxísimos teólogos ponen sobre su cabeza el libro del padre Lacunza, como sagaz y penetrante expositor de las Sagradas Escrituras, por más que no consideran útil su lección a todo linaje de gentes, ocurrese desde luego esta pregunta: ¿Fué condenada la venida del Mesías por su doctrina “milenarista” o por alguna otra cuestión secundaria?

El autor defiende al padre Lacunza y cree con San Agustín, San Jerónimo y otros padres que no ha de tenerse por herejía opinar como lo cree el padre Lacunza “que Jesucristo ha de venir en gloria y majestad, no sólo a juzgar a los hombres, sino a reinar por mil años sobre los justos en el mundo renovado y purificado, que será un como traslado de la celestial Sión”.

Menéndez y Pelayo estima que el libro fué prohibido: 1.º, por la demasiada ligereza y fecundidad con que suele apartarse el padre Lacunza del común sentir de los expositores del Apocalipsis. 2.º, por algunas sentencias raras y personales como, por ejemplo, que el Anticristo no será una persona particular sino una persona moral. 3.º, por las duras críticas a Clemente XIV, autor del *Breve* de la extinción de la Compañía de Jesús y por el peligro que hay siempre en tratar de tan altas cosas en lengua vulgar.

“Por todas estas razones, y sin ser hereje, concluye don Marcelino, fué condenado el padre Lacunza y por todas ellas debe hacerse aquí memoria de él, salvando sus intenciones y su catolicismo, y no mezclándole en modo alguno con las demás gente *non sancta* de que se habla en este libro”.

Juzga severamente todos los ismos: regalismo, jansenismo y enciclopedismo, los condena con pluma vigorosa y firme. Es indudable que el estudio sobre esta última doctrina es de los más espléndidos de la obra.

Los postreros libros, de tan maciza obra, están dedicados a la invasión francesa, al desarrollo de la heterodoxia en las cortes de Cádiz y durante el reinado de Fernando VII; habla también de los protestantes españoles en el último tercio del siglo XIX y se detiene especialmente en el apóstata José María Blanco White, el periodista que en Londres hizo amistad con don Andrés Bello.

En el último libro se refiere a la política heterodoxa bajo el reinado de Isabel II y a los esfuerzos desplegados por el protestantismo durante el mismo gobierno.

Termina con un estudio sobre la Filosofía heterodoxa desde 1834

hasta 1868 y con unas breves noticias acerca de la Historia española durante los catorce años transcurridos entre 1868 y 1882.

El hermoso epílogo de *Los heterodoxos españoles* puede resumirse en estas bellas frases: "si España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los reyes de Taifas" (61).

He ojeado muy rápidamente los últimos libros de la obra, porque como dice don Marcelino, la grandeza de España está en la época de la Reforma y a esa parte del libro había que dedicar mayor tiempo e importancia.

La *Historia de los heterodoxos españoles* es el prólogo de la Historia de la Iglesia en la Península y el mejor testimonio de que en la tierra del Cid y de Cervantes, la herejía no pudo echar raíces. El padre Bernardino Llorca dice que "*Los heterodoxos españoles*, más que una historia de la Iglesia en España, es lo más íntimo y vital de la Iglesia en España a través de los siglos. Por eso la *Historia de los heterodoxos españoles* es una de las obras más significativas en la España de nuestros días y ciertamente su autor se hizo con ella sumamente benemérito de la Iglesia Católica en España" (62).

El mejor retrato espiritual de don Marcelino Menéndez y Pelayo aparece al final de la obra, en esta espontánea declaración de fe que vale por una sentida plegaria: "todo lo contenido en estos libros, desde la primera palabra hasta la última se somete al juicio y corrección de la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana y de los superiores de ella, con respeto filial y obediencia rendida".

NOTAS

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Tomo I, página 48.

(2) " " " " Tomo I. página 49.

(3) *Canto a América*, por Juan de Cavestany.

(4) *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Tomo I, página 48.

- (5) *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Tomo I, página 51.
- (6) " " " Portada I, Lám. II, 19.
- (7) " " " Tomo I, página 51.
- (8) *Discursos Literarios y Notas Críticas*. Ed. 1941, página 124.
- (9) *Literatura Española* (Epoca Moderna). Ed. del Pacífico, página 122.
- (10) *Estudios*, VII, páginas 23 y 24.
- (11) *Ideas Estéticas*, I, página 299.
- (12) *La ciudad de Dios*. Libro V, capítulo XI.
- (13) *De Vera Religione*, XXVII, 5.
- (14) *La ciudad de Dios*. Libro X, pág. 14.
- (15) Página 249. Ed. Padre Las Casas.
- (16) Don Marcelino Menéndez y Pelayo había nacido el 3 de noviembre de 1856.
- (17) *Defensa de la Hispanidad*. Ed. Padre Las Casas, página 252.
- (18) Pedro Lain Entralgo, *Menéndez y Pelayo*. Ed. Espasa Calpe, página 32.
- (19) Pedro Lain Entralgo, *Menéndez y Pelayo*. Ed. Espasa Calpe. págs. 57-58.
- (20) *La Ciencia Española*. Tomo I, página 297.
- (21) *La Ciencia Española*. Vol. LVIII. Ed. Nacional, págs. 200 y siguientes.
- (22) *Lecturas Modernas Españolas*, página 660.
- (23) *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Tomo I, páginas 9 y 11.
- (24) " " " Tomo I, página 10.
- (25) " " " Tomo I, página 11.
- (26) " " " Tomo I, página 11.
- (27) " " " Tomo I, página 13.
- (28) *Historia Eclesiástica*. Tomo I, página 60.
- (29) *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Tomo I, página 16.
- (30) " " " Tomo I, página 17.
- (31) " " " Tomo I, página 21.
- (32) " " " Tomo I, página 21.
- (33) " " " Tomo I, página 29.
- (34) " " " Tomo I, página 30.
- (35) " " " Tomo I, página 30.
- (36) " " " Tomo I, página 30.
- (37) " " " Tomo I, página 30.
- (38) " " " Tomo I, página 33.
- (39) " " " Tomo I, página 33.
- (40) " " " Tomo I, página 34.
- (41) *Lecturas Modernas Españolas*. Páginas 658-659.
- (42) *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Tomo I, páginas 33 y 34.
- (43) *Menéndez y Pelayo, historiador de la Literatura y crítico literario*. Rev. "Arbor", página 357.
- (44) *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Tomo I, página 393.
- (45) " " " Tomo I, página 397.
- (46) " " " Tomo II, págs. 185 y 186.
- (47) " " " Tomo II, página 415.
- (48) " " " Tomo II, págs. 415 y 416.
- (49) *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Tomo II, página 416.
- (50) " " " Tomo II, página 417.

-
- (51) *Historia de los Heterodoxos Españoles.* Tomo II, página 417.
(52) " " " Tomo II, página 418.
(53) " " " Tomo II, página 418.
(54) " " " Tomo II, página 428.
(55) " " " Tomo II, página 429.
(56) " " " Tomo II, página 431.
(57) " " " Tomo II, página 669.
(58) " " " Tomo III, páginas 52 y 53.
(59) " " " Tomo III, página 120.
(60) " " " Tomo III, página 276.
(61) " " " Tomo IV, página 443.
(62) Revista "Arbor", página 462.